

La Iglesia en la educación cívica

Por P. JESÚS ESPEJA, OP

No es fácil situarse cuando te piden una colaboración sin concretar bien su objetivo, pero tiene la ventaja de que puedes discurrir por donde te parezca. Como algo elemental, acotemos el terreno con el significado de los términos incluidos en el título. Iglesia se refiere a la comunidad animada por el espíritu de Jesucristo y visiblemente organizada. Mediante la educación salen a flote y se promueven todas las capacidades naturales que llevan dentro las personas. "Cívica" es concreción de "civismo" que, según el diccionario, viene a ser "celo por las instituciones e intereses de la patria". El tema es de gran calado y bien merece un debate serio. Ahora sólo apunto algunas sugerencias que pueden resultar de interés.

1. La educación cívica, en valores, hoy es más necesaria que nunca. Se ha generalizado entre los jóvenes el descrédito de las grandes promesas o proyectos utópicos intrahistóricos y no mirar confiadamente al porvenir. A los jóvenes se les muere la esperanza entre las manos y la satisfacción inmediata del deseo es la única salida que los atrapa. Por mucho tiempo la religión cristiana fue capaz de mantener en la cultura de los pueblos europeos, que ha marcado también al continente latinoamericano, patrones y normas comunes; pero esta influencia va cayendo vertiginosamente pues las distintas esferas seculares reclaman su autonomía.

Por otra parte, la educación cívica es educación para ciudadanía; incluye procesos para que los individuos se vayan integrando con libertad y responsabilidad en la comunidad política; conscientes de que pertenecen a esa comunidad, tienen unos derechos y unos deberes en la construcción la misma. Pero cuando esta educación es más necesaria que nunca, la dinámica social de la ciudadanía está atravesando una coyuntura muy difícil. A escala mundial, las instituciones públicas, que acumulan y ofrecen sentidos, hoy han caído en desprestigio ante los ciudadanos, mientras cada vez es más notable la desafección de las mayorías a los gobiernos y partidos políticos que apenas tienen garra entre los jóvenes. En el ámbito económico se imponen como valores absolutos e indiscutibles el tener y el poder individualistas, mientras en el ámbito social se implanta la ley del más fuerte: lo importante es "resolver mi problema" y sálvese quien pueda.

2. La orientación de este tipo de sociedad, desfigurada por reversión individualista, va directamente contra el civismo, cuya exigencia elemental formuló Kant en el imperativo categórico: "actúa de tal manera que trates a la humanidad siempre como un fin y nunca como un medio". Siguiendo esta recomendación en los dos últimos siglos se ha llegado al consenso: la persona debe ser "principio, sujeto y fin de todas las instituciones sociales".

Solamente la práctica de esta convicción en el dinamismo sociopolítico puede sanar la ciudadanía y dar vigor a la educación cívica. Pero ¿en qué fundamentar esa centralidad de la persona humana? ¿Hay algún absoluto que avale su dignidad inviolable? ¿Qué razones hay para trascender, superar la fiebre posesiva, salir de la propia tierra y preocuparse de los otros sobre todo cuando no tienen, no pueden o no saben?

El clamor de trascendencia se ve ahogado en el materialismo hedonista fomentado por la ideología del "pensamiento único" que hoy se ha implantado en el mundo. Contra esa ideología que sacraliza la máxima producción de recursos y convierte a las personas en simples objetos de consumo, desde hace tiempo vienen pujando las corrientes humanistas, incluso dentro del marxismo. Pero esas corrientes, portadoras de una laudable preocupación ética, para mantenerse firmes en su opción, tarde o



Ni el Estado ni la Iglesia son fines en sí mismos; ambos deben colaborar al bien común de los ciudadanos y al ejercicio sano de la ciudadanía.

pronto, tendrán que responder a un interrogante: ¿por qué respetar al otro como fin cuando se convierte para mí en amenaza? Es aquí donde la fe cristiana puede ampliar el horizonte de lo humano en toda su profundidad y universalidad: hombres y mujeres, cualquiera sea su condición cultural o política, son imagen de Dios, y sus derechos humanos tienen algo de divino. Es la oferta, que no se demuestra racionalmente (la razón no es la única fuente de verdad) ni se impone, que puede y debe hacer la Iglesia, en orden a que la gestión política busque soluciones cada vez más plenamente humanas.

3. Hay que valorar el cambio cualitativo que ha significado en Cuba el paso de un Estado ateo a un Estado laico. Tan nefasta como la ideología del nacional-catolicismo es la ideología del ateísmo confesional del Estado. No es válido confundir el partido político con una religión, ni tampoco reducir la religión a un partido político. Por otra parte ni el Estado ni la Iglesia son fines en sí mismos; ambos deben colaborar al bien común de los ciudadanos y al ejercicio sano de la ciudadanía. Cuando fácilmente se abdica de la responsabilidad en las cuestiones sociales, cuando el individualismo nos lleva sólo a preocuparnos de resolver “mis problemas”, cuando la desesperanza debilita o apaga todo interés por la construcción de una sociedad en que todos podamos vivir y actuar con la dignidad de personas, la ciudadanía está en crisis, y la educación cívica es asignatura de primera necesidad. Urge motivar a los jóvenes para que redescubran unos valores y se comprometan con ilusión en el tejido de una sociedad donde la igualdad y la libertad se articulen adecuadamente.

Desde sus orígenes el pueblo cubano tiene un pensamiento y una orientación ética envidiables.

Todavía hoy existen calificados testigos de esa tradición viva que son una referencia de gran valor para reconstruir la ciudadanía en fidelidad a esa tradición y en sintonía con lo mejor del mundo moderno.

Cuando fácilmente se abdica de la responsabilidad en las cuestiones sociales, cuando el individualismo nos lleva sólo a preocuparnos de resolver “mis problemas”, cuando la desesperanza debilita o apaga todo interés por la construcción de una sociedad en que todos podamos vivir y actuar con la dignidad de personas, la ciudadanía está en crisis, y la educación cívica es asignatura de primera necesidad.